



HOMILÍA DEL OBISPO FERNANDO VALERA

Ordenación de Miguel Ángel y José Ramón

Hoy nos convoca la mesa del Altar en esta solemnidad de San Pedro y San Pablo. Desde muy antiguo, nuestra tradición los celebra juntos, con una sola mirada y un solo corazón. ¡Tan distintos! Dios llama a personas completamente diferentes para edificar una misma comunidad y anunciar un mismo Evangelio: Pedro es el hombre de la periferia rural, de Galilea; Pablo, del medio urbano y cosmopolita de Tarso. Pedro, pescador de manos curtidas por el lago; Pablo, tejedor de tiendas y de mente formada en la cultura rabínica del maestro Gamaliel y en la filosofía griega. Pedro, sencillo, sincero, generoso, pero también un hombre con miedos, al que le aterrorizaba el camino del sufrimiento y la cruz. Pablo, ardiente, apasionado, con un fuerte carácter que, tras su conversión, camino de Damasco, convirtió su vida en un volcán por y para Cristo.

Nosotros celebramos especialmente en esta Parroquia Cristo Rey la ordenación diaconal de Miguel Ángel y de José Ramón. Como Pedro y Pablo, que no ocultan su fragilidad. Eso le da ese estilo real de Apóstoles: un hombre que negó a Jesús, que fue transformado por el perdón. Dios no elige a los perfectos, sino que capacita a los que se reconocen necesitados de misericordia. Es verdad, que nuestros santos tienen una fe arriesgada que cruza fronteras. Es la primacía del amor sobre el poder, es el amor que se entrega y servicio. Vosotros sois el rostro vivo de Cristo servidor. Esto significa “ser pequeño, arrodillarse al modo de Jesús ante los pies de los demás”. Por tanto, también sois el rostro de una Iglesia que sirve. Sois un cauce fundamental de esperanza: Sois presencia en la dispersión. Vais a servir en los pueblos afectados por el envejecimiento y la soledad, ahí seréis vínculo de una Iglesia que no se olvida de nadie.

Quiero recordar las palabras del Papa: “No podemos comulgar con Cristo si al mismo tiempo damos la espalda al hermano que sufre”. El diácono une la liturgia con el servicio de la caridad.

Más de una vez he dicho que: “Nuestros ojos son nuestro interior. Ver el misterio, ver mi pequeñez. Humildes, confesándose pecadores, dejándose perdonar, deseando servir en todo”. “Todo es gracia”, dirá San Pablo, es la gracia del cuidado del hermano: “Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas” - escuchará San Pedro-. Es el amor que se traduce en ofrenda, el único lenguaje que el mundo de hoy puede comprender. Por eso hoy, alzamos nuestra mirada a Venezuela y pedimos por los fallecidos, los heridos, los que buscan a sus seres queridos, a los que lo han perdido todo. Seamos servidores, hombres y mujeres solidarios. Recuerdo que se ha abierto una cuenta en Cáritas de ayuda.

Quiero repetir las palabras del sucesor de Pedro, a los cardenales, y que hoy hago mías como sucesor de los apóstoles en esta Iglesia que peregrina en Zamora: “Les pido, por tanto, que me acompañen... en el servicio cotidiano a la comunión de la Iglesia universal. Ayúdenme a escuchar lo que emerge en las Iglesias, a reconocer los signos de esperanza que a menudo crecen en silencio, pero también a no ignorar las fatigas, las incomprensiones y las resistencias que pueden ralentizar el camino. Necesito su libertad, su franqueza y su lealtad. Un consejo sincero es siempre un acto de comunión.

Pidamos por intercesión de San Pedro y San nos conceda la gracia de una fe viva, sincera y comprometida. Que la Santísima Virgen María os sostenga siempre en el ministerio. Que sepáis acoger nuestras diferencias para tejer una auténtica comunión, y que, sintiéndoos pecadores pero profundamente perdonados, seáis en Zamora testigos alegres de esperanza. Es un ministerio apasionante que nos obliga a escuchar el sentir de Cristo cada día.

Dios bendiga vuestro diaconado.